

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Burgos: mes, 0,50 pesetas; trimestre, 1,25; año, 6. Fuera: semestre, 3 pesetas; año, 6. Extranjero: año, 10 ptas. Número suelto, 10 cént. Pago adelantado.

El Papa-Moscas

FUNDADOR: D. JACINTO ONTAÑÓN

PRECIOS DE INSERCIÓN

Anuncios en la sección de telegráficos, 1 pta. al mes. Anuncios y reclamos a precios convencionales.

No se devuelven los originales.

Pago adelantado.

Año XLII. Núm. 2.175

Redacción y Administración: ESPOLÓN, 42. Librería de la Sra. Viuda de Ontañón. - Teléfono 331

23 de Marzo de 1919

Las mejores galletas de fama universal y elaboración más exquisita, son las de HIJOS DE P. SOLSONA

CASA ONTAÑÓN

CENTRO DE SUSCRIPCIONES "EL PAPA-MOSCAS"

Esta Casa es la más económica y surtida en periódicos, revistas y libros últimamente editados, recibiendo diariamente novedades en libros que saben apreciar los amantes de la buena lectura, prefiriéndola en sus compras. Especialidad en revistas de modas extranjeras, mensuales y de temporada.

ESPOLÓN, 42 ACERA DEL SUIZO

PASTILLAS MORELLÓ. Curan y evitan los RESFRÍADOS, ASMA, TOS, BRONQUITIS, etc. Su uso está libre de peligro hasta para los niños y personas de edad avanzada.

BANCO DE BURGOS

Compra y venta de valores del Estado, entregando los títulos en el acto. Compra y venta, en comisión, de toda clase de valores, en condiciones excepcionales y económicas. Compra venta de toda clase de monedas de oro y billetes, giros, de préstamos, de depósitos, y en general todas las operaciones necesarias.

Doctor URRACA OCULISTA

Gratis a los pobres. Laín-Calvo, 18 pral. Consulta de doce a dos.

CATARROSOS:

Todos cuantos tengan predisposición a catarros o sufran de toses rebeldes, aún cuando hayan resistido a los demás tratamientos, deben usar las Cápsulas Antibacilares de GAYOSO, que son el verdadero específico de las enfermedades del pecho y vías respiratorias. 4 pesetas frasco en farmacias, 4,50 por correo. Madrid, calle del Arenal, número 2.

Andrés Mazuelas GRAN SALÓN DE PELUQUERÍA

SUAVIDAD, HIGIENE Y CALAMATRITÉGUI POCA CONVERSACIÓN A LOS PARROQUIANOS. Avenida de la Isla, 3. Teléfono 325.

SINFONIA

Afortunadamente, la huelga de la Canadiense ha terminado. Y con ella, todas las demás que por solidaridad se habían declarado. Después de cuatro semanas de holganza, se ha reanudado el trabajo. Hora era ya, porque los perjuicios que se irrogaban a Barcelona eran enormes. Sin luz, sin agua, sin medios de comunicación y sin periódicos, la vida se hacía poco menos que imposible. Y cada día que transcurría, se presentaba un nuevo conflicto, que venía a agravar la situación, difícilísima, harto ya.

El Gobierno ha resuelto el conflicto sin derramar ni una sola gota de sangre, y por ello merece todos nuestros plácemes y enhorabuena.

¿Claudicación del Poder? Algo de

todos los comentarios ya que está resuelto el conflicto, y felicitámonos de su solución, para bien de todos y de la tranquilidad pública.

La verdad es que gobernar en los tiempos actuales, es sufrir un verdadero calvario, mereciendo el Gobierno la Gran Cruz de Beneficencia por su inmensa paciencia, al aguantar, con gran estoicismo, conflicto tras conflicto, resolviendo todos ellos, si no a satisfacción general, por lo menos con muchísima voluntad.

Los panaderos, el ramo de construcción, los obreros del campo... ¡Causa pavor tanto conflicto!

Para aumentar la pléyade, los carteros nuevamente han iniciado otra huelga de brazos caídos. Con esta, son tres las ocasiones que los carteros plantean el problema. Recientemente está la tinta de la Real orden que les exime del trabajo, que no era pequeño, de subir la correspondencia a los pisos. Nos parece muy bien, aunque al principio, la implantación de tal medida, implicará inconvenientes que habrá que ir venciendo poco a poco.

Desconocemos concretamente las peticiones de los carteros, y, cautos ante todo, nos hemos de inhibir de razonar en ningún sentido. La importancia de la labor que éstos realizan, y los perjuicios enormes que irrogan, exige que el Gobierno, de una vez para siempre, resolviera la cuestión. Nada de paliativos, ni promesas. Energía, mucha energía. No es cosa de que se busquen componen-

das que, dentro de un mes o de dos, plantee de nuevo la situación. No se puede jugar impunemente con los intereses particulares. Si el Gobierno estima pertinentes las pretensiones de los carteros, haga las concesiones necesarias con altura de miras; nada de mezquindades y regateos; pero si por el contrario, no lo entiende así, obre con energía, con mucha energía, y no pretenda sostener una situación estacionaria, que no resuelve nada y en cambio ocasiona muchísimos y graves perjuicios. Nos limitamos, pues, a ofrecer estas consideraciones al Gobierno, para que resuelva rápida y eficazmente el conflicto que, repetimos, lesiona gravemente muchos intereses. Y nadamás...

BIBLIOGRAFÍA

En el número correspondiente a esta semana, publica en Los Contemporáneos el ilustre maestro Augusto Martínez Olmedilla, una novelita que, como todas las suyas, le acrisola de la fama que tan justamente ha adquirido. Titúlala En sus propias redes y en ella tienen aposento el buen gusto y la gracia peculiar en tan popular escritor. Bien inspirada, bella y cuidada de forma, En sus propias redes es un triunfo de Martínez Olmedilla, mejor dicho, uno más, de los muchos que ha conseguido.

Seguramente que la popular publicación Los Contemporáneos, ha de agotar rápidamente el número en que se inserta En sus propias redes.

Nocturno veronés

Para la bella mujer que inspira mis trabajos.

Cendal luciente desata la redonda y bella luna; bruñido rayo de plata besa apacible laguna.

En un jardín, donde el broche sueltan los blancos capullos, hace la flora un derroche de virginales orgullos.

Polvo forman, sorprendentes, surtidores de altos hilos, al desgranar en las fuentes sus madrigales tranquilos.

Y entre sutil difusión de brisa llena de aromas, deslumbran, como un cordón oriental, albas palomas.

Bañadas por los triunfales fulgores que vierte el astro, están, en sus pedestales, las estatuas de alabastro.

Y se esparcen los destellos por las sendas y las frondas; cisnes de enarcados cuellos resbalan sobre las ondas.

Azul estrella, sus flecos tiende en un níveo jazmín; suenan líricos los ecos de un lejano bándolín.

Y aunque entre el idilio flota aquel himno halagador, lleva la sangrante nota del madrigal del dolor.

EDUARDO ONTAÑÓN.

En la vieja Burgos, Marzo de 1919.

Penetrando la intención de tan mentida nobleza, en ellos vió más cabeza que esforzado corazón.

Por eso, de los señores, al oír quejas dolientes, con palabras convenientes despreciaba los amores.

Ellos, al mirarla esquivá, muy tristes se retiraban, pero nunca adivinaban tan constante negativa.

Y en verdad que aquella flor sin amor, ser no podía y, Laura no viviría sin el consuelo de amor.

Amaba, sí, y tan discreto fué cariño tan profundo que, era para todo el mundo, su ardiente amor un secreto.

Mas ni noble ni señor era el objeto adorado; que era un vasallo, un honrado, y sencillo labrador.

Y a pesar de que entre sí había mucha distancia; le adoraba con constancia, le amaba con frenesí.

III

LEYENDA

Esto dice la historia; ahora ya empieza la tradición, el eco constante de los siglos, con certeza no pudiera yo hablar, si no me obceco en creer con verdad que lo probable ha de sustituir a lo indudable. Aquesta tradición la he escuchado con creciente inquietud, con ansia loca, del labio del pastor, del Potentado, y al oír la llevar de boca en boca contento la he guardado: Ahora sólo me toca que adornada por mí, con alegría, la revele a su vez la fantasía.

Un Priunfo Quirúrgico

Al Maestro Fernando Mora, que gusta de las emociones fuertes, con admiración y cariño.

Como todas las mañanas, a las siete en punto, la voz del criado dejóse oír, llamándole, al propio tiempo que tocaba suavemente con los nudillos en la puerta.

— ¡Señor! Han dado las siete.
— Ya voy, Juan, ya voy. Estoy despierto; ve preparando el baño.

Por costumbre, más que por necesidad, tenía ordenado al criado que le llamara, pues siempre solía despertarse. Y es que no podía dormir en cuanto los primeros rayos de luz entraban en su despacho, y él, en la alcoba, desde la cama los veía. Primero, eran tinieblas que se rasgaban, eran rayos que entraban quedamente, como con miedo, que iban dando forma a las cosas poco a poco; después, a medida que la mañana avanzaba, era el torrente desbordado, el inundamiento de todo. Aunque se acostase tarde, siempre le ocurría lo mismo: sentía en las primeras horas matinales un desasosiego, una intranquilidad. ¡Oh, las mañanas! ¡Las tenía un miedo! Sin querer, a su memoria vino el recuerdo fatídico, obsesionante, que lentamente consumía su existencia. ¡Era un gusano que le roía el alma de tal manera! Y hasta casi sentía como le andaba en ella: era una congoja, un estremecimiento, un desgarrar interno, unas ganas de llorar y no poder. Fue una mañana, precisamente, cuando su esposa desapareció del hogar conyugal. Hacía ya diez años. Le parecía siempre que había sido el día anterior. ¡El, que la había venerado, mirándose en ella! La había venerado, mirándose en ella! La sacó de la pobreza y, pudiendo hacer de ella otra cosa, hizo a su mujer, y ella... Una lágrima rodó por su mejilla. ¿De qué le servía tener fama de sabio? ¡Sabio para los demás, ignorante para él! Tiróse de la cama y, lentamente, calzóse las chinelas y púsose la bata. Toda su vida se la pasó trabajando; ¿para qué? Para llegar a su edad, y estar solo, constantemente solo. El, que por razón de su carrera, no veía en todo momento más que cariños: Cariños de madre, cariños de hermana, cariños de esposa...

Ya bañado, empezó a vestirse. ¡Su carrera! Era su única alegría en el mundo, su único cariño: el cariño de los

demás. Los médicos fueron los que, a creer a su difunto padre, mataron, por equivocación a su madre. Por eso, estudió él aquella carrera; por redimir a la clase.

En el Hospital olvidaba sus penas, y se consagraba a los enfermos con una fe, con un entusiasmo, que envidiaban sus compañeros. Y cuando reconveníanle que ya a su edad,—cincuenta años,—no era comprensible tanto entusiasmo, limitábase a encoger los hombros. Y es que en él no había entrado jamás el egoísmo. Curaba por apostolado, por impetuosa necesidad de su alma. Y cuando algún caso grave retenía largas horas de la noche estudiando, y sus ojos cansados ya, plegábanse enrojecidos, entonces, creía que se le aparecía su madre, e inclinando la cabecita en su hombro susurrábale al oído: «No te equivokes, hijo mío».

Apenas paróse el automóvil en el jardín del Hospital, antes de que descendiera de él, el conserje acercóse presuroso.

— ¡D. Manuel, D. Manuel!

— ¿Qué hay?

— Han preguntado si había usted venido. Tengo orden de decirle que se pase inmediatamente por el despacho del señor Director, antes de hacer la visita. Creo que hay un caso gravísimo y no esperan más que a usted.

Descendió presuroso y encaminóse rápido hacia el despacho del Director.

Efectivamente, así era. Una pobre mujer, recogida en la vía pública el día anterior, que tenía un tumor tremendo en la matriz. Era un caso horrible. Todos los médicos reunidos opinaban que no había más remedio que operar inmediatamente, aunque preveían que se quedaría en la operación. Y, espontáneamente, ninguno se ofrecía a hacerla, tanto por el resultado como por considerarla algo expuesta; pues, acaso, al rasgar con el bisturí saltase la pús, con grave exposición de los ojos. Hasta don Adolfo, el jefe, titubeaba:

— No sé que decirles a ustedes. Yo no me atrevo a operar; se nos queda en la operación.

D. Manuel impuso su criterio:

— Voy a reconocer a la enferma. Esperen unos segundos y oírán mi parecer.

— Ande, ande, no faltaba más.

A poco volvió. Venía densamente pálido, sobrecogido. Al verle, los demás, murmuraron cariñosos:

— Qué, ¿le ha impuesto, eh? Viene usted muy pálido.

— En efecto; es tremendo, brutal: es un caso de vida o muerte.

— ¿Y qué, operamos?

La faz de D. Manuel se contrajo en mueca violenta. Secamente replicó:

— Sí, sí; hay que operar. Mejor dicho operaré esta misma tarde. Ya he ordenado que purguen a la paciente.

— Y cuando todos se le ofrecieron, haciendo mil protestas, dijo:

— Nada, nada, muchas gracias. Aquí nadie se tiene que quedar. Con mi ayudante tengo suficiente. Además, aunque no creo, si me hiciera falta, recurriría al que se quede de guardia.

— Buena suerte.

— Qué haya éxito.

— Ya nos contará usted mañana.

— Sí, ya les contaré.

No se fió de nadie. Por sí mismo repasó los útiles. Luego, cuidadosamente, a pesar de estarlo, los desinfectó nuevamente pasándolos por la lengüecita de fuego. Los bisturis, las tijeras, todo estaba perfectamente preparado.

Lavose escrupulosamente las manos con sublimado. Seguía pálido, livido. Parecía más bien que en lugar del operador iba a ser el operado. Un sudor frío corría por su frente. No había comido nada; solamente tomó un caldo. Su ayudante, aun sabiendo que en tales momentos no gustaba de preguntas, atrevióse a insinuar:

— D. Manuel. ¿Es tan peligrosa la operación que va a hacer?

Y contra lo que esperaba, contestó aquél bondadosamente:

— Sí, hijo mío. Acaso la más difícil que realice en mi vida, porque me duele a mí mismo.

Sobre la mesa de operaciones hallábase ya la paciente, desnuda y convenientemente anestesiada. Imponía aquel acto. Al fondo de la sala, dos enfermeros y una monja conversaban en voz baja. En el oratorio, las demás monjas dirigían sus plegarias al Altísimo, para que la operación se realizara con feliz resultado. D. Manuel, sereno, dueño de sí mismo, empuñó el bisturí. Todo estaba en silencio. Nada turbaba la paz. Solamente se oía el ruido que producía el bisturí al rasgar: ruido secos estridente, que ponía carne de gallina.

A la hora escasa terminóse la operación. Contra los augurios, la enferma no se había quedado en ella. Y, a los dos

días, desapareció el peligro de suma gravedad, siguiendo el periodo de convalecencia, lento. Y los periódicos lanzaron a cuatro vientos la noticia, coronando de éxito al operador.

Dos meses después, la operada fué dada de alta. Y aquella misma mañana, acudió a casa de D. Manuel a testimoniarse las gracias. Este la recibió en su despacho, presa de la más viva excitación. Y cuando, desde la puerta, interrogó aquélla tenuemente, «se puede?», contestó:

— Adelante.

— ¡Oh Doctor! ¡Oh mi querido Doctor! Vengo a darle las gracias.

Estoy agradecidísima de lo que ha hecho por mí, aunque siento no ser rica para recompensarle largamente como se merece.

— La recompensa mayor para mí, es ésta; la de darme las gracias, es a la única recompensa que yo aspiro.

— Y, en este caso, tanto mejor, cuanto que en la operada, además de los vínculos de agradecimiento hay los de familia.

— ¿Qué quiere decir con esto?

Sonrió irónica y prosiguió:

— Quiero decirte, esposo mío, que estoy muy agradecida a tu bondad; pero que además en tí, en este caso, había una obligación. ¿Quién era mas llamado que tú a operar a la esposa? Y celebro muchísimo que lo hallas interpretado así.

— Señora, yo soy viudo. Mi esposa falleció hace diez años.

— Viudo ¡jál! ¡jál!, tiene gracia. Tu esposa vive, y tan vive, que piensa hacerlo contigo a tu lado, en esta casa, que le pertenece, que es la conyugal.

D. Manuel quedóse asombrado de lo que oía. Venía mala, insultante, cinica, como se fué. Y quería afrentarle, además de con el recuerdo, con su presencia. ¡Vivir con él! ¡Convivir en su misma casa! ¡Imposible! ¡Todo menos eso! ¡Y pensar que pudo matarla impunemente, con sólo haber desviado el bisturí unos milímetros! Se habría quitado hasta el recuerdo. Y, entonces, si que sería viudo.

— ¡Me reconoces! Tanto mejor. Soy, mejor dicho, fui, tu querido esposo.

— ¡Marcharme! ¡tú estás loco. Ya he tomado posesión de ella. Soy la señora de la casa. ¡A ver criados, traed el desayuno de la señora! Y quitándose el mantoncillo que pendía de sus hombros, lo tiró sobre una silla y tocó el timbre.

No se dió cuenta de nada. Sintió ofuscarse su espíritu, y una angustia pasó por su garganta. Y, al igual que los naufragos

se agarran fuertemente al sitio donde encuentran apoyo, abalanzóse sobre su mujer y, cogiéndola del cuello, apretó tanto que no sintió nada... El mismo asombróse de su obra. Contempló el cadáver de su esposa en el suelo, con un espumarajo en sus labios. Veía cómo se amaratava por momentos. Horrorizado, contempló sus manos con tristeza, recordando las vidas en el suelo. Sin darse cuenta, abrió el balcón. Hacía una mañana esplendorosa; el sol entró a raudales inundando de alegría todo. Dirigió su mirada al cielo. Y, entonces, creyó que su madre, como en las noches de largo estudio, le decía, recostando la cabecita en su hombro:

«No, no te has equivocado, hijo mío...»

RAMÓN LÓPEZ NAVARRO

Madrid y Marzo de 1919.

NUESTROS REGALOS

Concurso de feos

Esta redacción, atendiendo a numerosas indicaciones que ha recibido del elemento femenino de esta población, ha acordado celebrar un concurso de feos, con arreglo a las siguientes

BASES

- 1.ª Podrán tomar parte en este concurso todos los caballeros que lo soliciten, presentando una instancia igual al adjunto modelo.
- 2.ª Oportará también al premio los que, sin haber presentado la instancia correspondiente, fueran votados por nuestras bellas lectoras.
- 3.ª El premio consistirá en seis magníficas fotografías del interesado, ejecutadas por un afamado fotógrafo de esta capital.
- 4.ª Este concurso se considera abierto desde la publicación de este número hasta el 7 de Mayo, publicándose el fallo en el número correspondiente al 11 del mismo mes.
- 5.ª En los números sucesivos de EL PAPA MOSCAS irán publicándose los resultados parciales de este concurso.
- 6.ª Podrán tomar parte en este concurso exclusivamente las lectoras de este semanario, para lo cual llenarán el cupón adjunto, que entregarán en esta redacción en sobre cerrado.
- 7.ª Los cupones vendrán firmados con el nombre de la votante o un pseudónimo.
- 8.ª Se gestionará de la empresa del Teatro Principal la cesión del local, para hacer solemne y pública entrega del premio al interesado.

MODELO DE INSTANCIA

Don
vecino de se considera apto para optar al premio del concurso de feos, que abre EL PAPA MOSCAS, para lo cual alega.....

Fecha y firma.....

El Papa-Moscas

CONCURSO DE FEOS

Voto por D.

D.
y D.
Firma.....

LEYENDA

I

Allá en un tiempo en que España con los moros departía, y a cada paso añadía a su blasón una hazaña, no oyéndose en la insistencia por defender su tesoro, más gritó que «Guerra al Moro», ni más voz que *Independencia*. Entre la ribera blanda que el Duero acaricia y riega, la sultana de la vega allí se veía... Aranda. Y si orgullo de Castilla era Aranda por lo bella, guardaba en sí una doncella, que era orgullo de la villa.

Gozo y encanto era Laura del aura murmuradora, que mujer tan seductora jamás acarició el aura. Ninguno cual su sonrisa más bella y hermosa vió, que un rojo clavel llevó para sus labios la brisa. Su padre, altivo señor de palacios almenados y escudos acuartelados, era su fiel guardador. Y mucho a Laura quería, por ver con cariño santo, que, Laura, el tranquilo encanto de la virtud poseía. Y los jóvenes señores que a la hermosa visitaban, el honor se disputaban de ser sus adoradores. Ofreciéndola sinceros en amor ser siempre fieles, los más apuestos donceles y temibles caballeros. Mas, Laura que conocía tras de modales cumplidos, sus portes envilecidos, ninguno de ellos quería.

Solariegas de Valfidalgo

I

Mosén Pedro Sarmiento se me acercó con ese etiquetero respeto de los criados y familiares de casa grande, y, guardando una discreta distancia, me condujo al jardín del palacio señorial. Bajo la paz del cielo azul, la naturaleza cantaba su himno de amor. Era una sonata sentimental que se desgranaba en la soledad elocuente del jardín en flor, como música ultraterrena que tenía todos los motivos, todas las emociones prestadas por un corazón superior y divino.

Tenía este jardín un encanto gratisimo para mi alma, el encanto inefable de todo lo que sirve de libro historiador de cosas pretéritas y remotas...

Una larga avenida de olmos seculares formaba su nervio principal, y en estos olmos, que jamás tocó la mano impía del hombre y que estaban en toda su imponente bravura salvaje, el musgo desarrollaba su gama de colores, quebraba el sol sus rayos en irrisaciones multiformes y los ruiseñores preludiaban sus romanzas apasionadas... Doblaban los naranjos bajo el peso de la carga de su dorado fruto, los rosales punzadores esparcían por el ambiente la fragancia de sus rosas, las ocultas violetas embriagaban los sentidos con la suavidad de su aroma, y por las viejas tapias trepaban los rosales de pasión que abrían al atardecer sus flores misteriosas...

En un lado alzabase un templete cuyo esqueleto férreo cubría totalmente la yedra de hojas oscuras y florecillas rojizas; a su lado, un surtidor derramaba sus lágrimas de plata en un tazón de finísimas conchas que brillaban heridas por el sol como piedras preciosas... Más allá, ondulaban las aguas verdosas de un lago artificial, rodeado de plantas exóticas y animado por multitud de aves acuáticas...

En un rincón elevábanse las pardas crucesitas de un viejo «Calvario» familiar, a un lado y otro de un estrecho camino sembrado de guijarros, que subíamos en otro tiempo arrodillados, en ofrenda de mortificación; al final, había una hornacina, con un Cristo de tosca factura, que nos mostraba las llagas de sus pies, manos y costado, como gruesos coágulos de sangre descolorida...

Como no se habían hecho innovaciones en este jardín, el espíritu que animó al severo fundador del vínculo flotaba en su ambiente apacible y en sus lugares señeros...

II

Cantaba la fuente su canción tranquila... Elevábase el surtidor como impulsado por magia oculta, y, después de subir como brillante varilla de cristal, recto, animoso, tronchábase formando un florón que se deshoyaba y caía sobre el tazón de relucientes conchas, en multitud de perlas rientes y brilladoras... Y el chorro, al chocar con el agua dormida del estanque, formaba círculos concéntricos que se abrían con precisión hasta morir en las orillas cubiertas de cañas y plantas, entre cuya espesura dos pajarillos mojaban sus alas, sellando con la ablución el libro de sus castos amores...

III

En labios de mosén Pedro Sarmiento, aquellas leyendas guerreras adquirían profundos tintes de realidad... Languidecía la tarde como el doloroso suspiro de un pecho muerto de amor, y los olmos seculares alongaban sus sombras más allá de los floridos tapiales.

Mosén Pedro hizo un gesto, y volvimos a la casona.

Los viejos blasones de la portalada, dorados por la luz pálida solar, nos mostraban su hierática historia... Un severo león coronado, en actitud rapante, pareció abatirse y saludar al último, vástago de su primitivo señor...

IV

Cruzadas sobre el pecho, en actitud

devota, sus manos, de una palidez intensa, parecían dos lirios muertos... Vestía una halda negra y cubría su pecho monjil una prenda gris con nostalgias de basquiña. Su cuerpo era pequeño y magro. Dando vueltas con las manos a un precioso camafeo que colgaba de su cuello, parecía una antigua dama de las que allá, en las dormidas estancias familiares, deshojaban entre sus dedos infanzones la margarita mustia de sus amores ilusorios...

Tenía un bello nombre: Soledad de Atienza y de Castilla... Casó muy joven con un segundón navarro, y, viuda al poco tiempo, dedicó su fortuna, no muy larga, al bien de los pobres, y su vida entera a las prácticas de religión.

Nosotros, cariñosamente, la llamábamos tía Solita.

El conde de Valfidalgo, mi padre, mandó una «partida» carlista cuando la primera guerra.

Era valiente y leal, realista de abolengo, no contaminado por las ideas revolucionarias, que siempre se estrellaron ante el blasonado portal del palacio del vínculo, el que no pudieron traspasar mientras vivió.

Los dispendiosos gastos de la partida dieron al traste con su fortuna, y los acreedores, aves de mal agüero, que siempre rondan por donde hay presas que devorar, no tardaron en hacerse dueños de todo.

Apagada la hoguera de las montañas del Norte, y obligado Don Carlos a pasar la frontera de la patria, para no verla más, mi padre le acompañó hasta la triste hora en que los despojos reales descansaron en el Escorial del destierro, en Trieste...

Luego, agobiado ya por tantos infortunios, volvió a la patria con indulto. Yo nací un año después de su retorno.

Cuando Don Carlos el Sexto levantó nuevamente bandera en San Carlos de la Rápita, mi padre tuvo unos días terribles... Acompañado de unos servidores, emprendió viajes, recibía confidencias, organizaba todo un plan. Parecía que en unas horas había remozado. La fatal terminación de aquella rápida epopeya y el fusilamiento de su compañero Ortega, le hundieron para siempre... Después, aquellas persecuciones, aquellos registros domiciliarios en que, manos profanas y bárbaras, destrozaron su archivo y descerrajaron brutalmente los muebles próceres, en busca de armas y papeles comprometedores, le llenaron de una melancolía que no se le curó hasta la muerte.

V

Midió con rápida y segura ojeada los caminos, y su voz chillona rezó:

—Y Juan Miguel, sin venir... ¡Mala noche se le presenta, que hasta los lobos bajarán al llano!

Dicho esto, D. Pablitos, confidente y ayuda de cámara de mi padre, acarició el espinazo de un galgo corredor que le lamía el calzón, hizo la señal de la cruz ante un relámpago que ensangrentó la rosa negra de la noche, y avanzó unos pasos hacia el camino.

Sobre un poste, un viejo guarda acariciaba el cañón de su retaco. Silabeó:

—D. Pablo, D. Pablo, con perdón sea dicho: ¿es cierto que esta noche viene al palacio Don Carlos en persona?—D. Pablitos atajó la indiscreta pregunta:

—Abuelo, ¿qué hemos de saber nosotros de estas cosas? Aunque las personas reales siempre honraron a Valfidalgo...

Y dicho esto, volvió a la casona con toda la importancia de un hombre iniciado en hondos asuntos.

El del retaco, ya solo, dijo en alta voz mirando el arma:

—Menos mal si esta noche, como antaño, puedo vaciar la carga en algún lobo de la revolución...

VII

La luna, blanca y pálida como el semblante de una novicia muerta, asomó por el horizonte...

Y la llanura árida y seca, agostada por los alientos estivales, llenóse de luz temerosa, que no bastaba a disipar las sombras y que envolvía los contornos con un nimbo luminoso de ultratumba...

El camino, real parecía una luenga faja de plata, como una sierpe de época antidiluviana, que diera descanso a sus vértebras en el duro lecho de la solitaria campiña.

—¿Queda aún más camino?— preguntó autoritario el vinculero militar a sus secuaces.

Y una voz humilde, enunció:

—Traspasado aquel cerro, se descubren los santos muros del convento de San Bruno...

—Mejor hubiéramos venido sin abandonar la verda real...

—Pero es menor el peligro en este camino...

—Adelante, pues...

Y el vinculero azotó en los ijares a su palafren, que marchó al trote largo arrancando chispas del camino...

El vinculero increpó duramente al Pulio:

—¿Hallaremos, tú, lo que buscamos? El Pulio tembló de pies a cabeza con vasto escalofrío de terror:

—Así me lo aseguró formalmente el Manchego, que como vuesa merced sabe es demandadero y cava las sepulturas del convento...

—¿Y el Manchego es caballero para tener formalidad? Porque si ese hallazgo es cierto, habrá quizá llovido del cielo. Anteayer, que conversé con monseñor el abad, nada había...

—Hablo por boca de ganso, señor...

—Por boca del Manchego... ¡Como no haya descubierto unas tibias de monjas haciendo un agujero!... ¡Pero fusiles!

—Fusiles de cuando D. Carlos el Quinto levantó a los suyos...

San Bruno levantaba sus muros pardos y austeros como un edificio de magia en la noche de plenilunio.

De la cuadrada torre cayeron unas campanadas graves y, los ojos de un buho, que revoloteó espantado, brillaron siniestramente... El cementerio conventual se dominaba desde el cerrillo, con sus cruces negras y humildes y sus cipreses que parecían de plata a la luz de la luna.

—Adelante y nómbreme en la portería— dijo el vinculero al Pulio.

Las facciones picarescas de viejo velazqueño del servidor, se contrajeron de miedo ante la idea de separarse un momento de la partida y cruzar solo el cementerio...

—¿Tienes miedo, truhan?— increpó el hidalgo...

Y ante la tácita amenaza, el Pulio se signó devotamente y salió al trote.

Llegó temblando; aferróse al grueso aldabón, y en el espacio resonaron los ecos de tres golpes macizos.

—¡Alabado sea Dios! Hermano portero, mi señor el Conde viene para tratar con urgencia con su reverencia el abad.

Una hoja de la portalada giró sobre sus goznes, y un monje de hábito pardo y raído se presentó con un farolillo en la mano:

—¿Asaltaron el palacio los «guiris»? El Pulio le desmintió con un gesto y marchó a detener por la brida el caballo del vinculero.

El hermanito portero condujo a éste a un aposento apartado y fué a llamar a Su Reverencia.

El abad era un anciano macilento, de elevada estatura y mirada penetrante. En el mundo, hijo de sus pasiones, vivió días de locura y disipación, pero un día la lanzada de la gracia entró por el alma, y arrepentido de sus culpas, retiróse al claustro.

Elevado a la dignidad abacial, él, que no pudo gobernarse a sí mismo, vino por altísimo designio a gobernar a los demás.

El vinculero se adelantó un paso, tendióle la mano, y, al tener en la suya aquella mano sarmientosa y macerada, depositó en ella un ósculo de paz...

Contado que hubo el motivo de su visita, el abad asintió y le condujo por las galerías del convento, llenas de sombras fantásticas de naranjos y cipreses, hasta un lugar apartado. Allí le mostró una caja mohosa con unos fusiles en malísimo estado.

—He aquí el pobre hallazgo que ha hecho a mi señor el Conde recorrer el peligroso terreno ocupado por los hijos de la revolución...—dijo el abad. De nada podrán servir estos fusiles cuya historia ignoramos...

—De mucho servirán. Limpia es su ejecutoria y, luchando por la Causa, harán milagros...

Traspasado el cementerio conventual, y pasado un buen trozo de camino, divisáronse las atalayas del viejo palacio señorial, como visión magnífica de una tradición gloriosa que se hundía...

VIII

Aquel viejo palacio solariego contra el cual se habían inútilmente estrellado los golpes del tiempo, era un anacronismo perdurable. Su poema de piedra parecía escalar el cielo con su airosa torre almenada, que tenía nostalgias de aquellas otras torres mayorazgas, de cuyo garfio colgaban las cabezas cercenadas de los enemigos del feudo, en las horas crepusculares de nuestra inmensa edad de hierro...

Su portada, que en nuestros días aún enseñan como relicario de arte entre el informe montón de ruinas, parecía la portada de una catedral del renacimiento de líneas elegantes y severas. Cuatro blasones de blanca piedra coronaban el frontispicio, y, sobre ellos, descansaba el cincelado balcón de grueso herraje que, como las cuatro grandes ventanas, era obra de un artífice italiano del siglo xv. El espacioso zaguán empedrado conducía rectamente a un patio de enormes columnas pétreas y gentiles arcos, con naranjos a su alrededor y en el centro una fuente mora que daba la nota fría de sus aguas verdosas... En los cuatro lados del patio, otras tantas puertas daban acceso a las habitaciones interiores, tristes estancias espaciosas y señeras, cubiertas de tapices y cuadros familiares.

Y por todas partes, en monótona repetición, las armas de Valfidalgo: tres estrellas de plata en campo de gules, como una constelación en un mar de sangre.

En este palacio de Valfidalgo abríronse mis ojos a la luz. Fué un día muy triste aquel... Mi madre murió al darme la vida, y lo que comenzó por fiesta y alegría terminó en llanto y luto.

La condesa de Valfidalgo, María de la Paz Gaytán de Ayala y Cruzat, que así se nombraba mi madre, dicen que era una dama alta y rubia, de ojos azules y nariz aguileña como todos los de su raza... Las facciones es lo único que me resta de ella.

El golpe fué fatal para mi padre. Empalideció terriblemente y la melancolía embargó su corazón.

Vivió sólo diez años más que mi madre... diez años que yo contaba, y en tan corta edad el corazón se me hizo grande ante tanto infortunio.

Acababa de regresar del internado que regentaban en la capital los jesuitas cuando acaeció la desgracia.

IX

El sonido de la campanita se apagó en el portal y llenóse el palacio de un fúnebre olor de cera...

Entraron cuatro, ocho, hasta diez graves señores, llevando faroles y dando escolta de honor al Dios misericordioso que se dignaba visitar a un pobre enfermo... Tras del sacerdote penetraron algunos chiquillos que miraban, que indagaban los detalles más nimios, y se hablaban al oído las impresiones adquiridas en su inquisición...

Chisporroteaban tenuemente en los faroles los pábilos, amarillentos como carne de difunto, y de la estancia salía el eco apagado del enfermo, que contestaba a las preguntas del sacerdote:— Señor, yo no soy digno... Señor... Señor...

Un efluvio de paz y santidad se expandía por el ambiente y penetraba en los más apartados rincones de la morada...

Un sol abrioleño inundaba de luz el patio y doraba las copas de los olorosos naranjos y los nidos de vencejos que anunciaban la primavera...

X

Un sollozo frío, largo, interminable, salió de una de las habitaciones contiguas...

Una vieja oficiadora acudió con una pócima para calmar los nervios, y el murmullo continuado de las mujerucas que llenaban el palacio invadió el ambiente...

Recuerdo que el corazón me golpeaba rudamente en el pecho, que quería llorar y las lágrimas no salían de mis ojos.

Una palabra sin eco recorrió todos los lugares... «¡Muerto!»

Tía Solita, toda temblante y afligida, se me acercó rezando en voz baja:— ¡Pobre, sin padre...!—dijo, y me abrazó efusivamente contra su pecho...

Una explosión de suspiros y llanto desconsolado embargó mi ser... Y lloré lo inmenso de mi pena, sin comprenderla, sin penetrar en su ruda magnitud, como aquel que llora porque ve llorar y no indaga la causa de su llanto...

Manuel GARCÍA-SAÑUDO y GIRALDO

ECOS DE SOCIEDAD

Día de Santo.—Entre las muchísimas señoritas que celebrarán su fiesta onomástica el próximo día 25, la Anunciación de Nuestra Señora, hállese la bella y simpática señorita Encarnación Magdalena Tovar, a quien deseamos todo género de felicidades.

De Viaje.—Ha llegado a ésta, procedente de Madrid, nuestro queridísimo amigo, D. Salvador Balabesquer Rubio. También se halla entre nosotros, y hemos tenido el gusto de saludarle en esta Redacción, de regreso de Valencia, D. Antonio García Herrero.

Enfermos.—Se halla completamente restablecido de su dolencia de gripe, nuestro buen amigo y compañero de Redacción, D. Manuel García Sañudo y Giraldo, lo que celebramos con el afecto y simpatía que en esta casa le tenemos. Precisamente en el número de esta semana, se publica «Solariegas de Valfidalgo», la última producción de su brillante pluma.

Pésame.—Se lo damos sinceramente a nuestro querido compañero de Redacción, D. Ramón López Navarro, por la pérdida tan inmensa que ha sufrido, de su señora tía (q. e. g. e.) doña Juana Mingueza, y del hijo de ésta, Luis. A su profundo dolor nos asociamos.

Felicitación.—Muy sincera al ilustre escritor costumbrista, Fernando Mora, por su última obra *Los hijos de nadie*, que es un gran éxito de librería. Para felicitarle, diéronle en Madrid, el domingo último, un banquete al que concurrió lo más selecto de la Literatura y el Arte.

MONTE-AZUL.

Vuestro interés consiste en tener buena salud:

el interés de vuestra salud estriba en que tengáis sangre rica y pura para nutrir vuestros tejidos y órganos:

el interés de vuestra sangre se apoya en ser regenerada por las

Píldoras PINK

TIPOGRAFÍA MODERNA. O'Donnell, 6 dup. MADRID

Aguas Minerales y Manantiales de **CARABAÑA** Purgantes y Depurativas y Antiherpéticas
PROPIETARIOS: Viuda e Hijos de R. J. CHÁVARRI
 Dirección y Oficinas: LEALTAD, 12 MADRID

Callos y durezas DE LOS PIES, CURAN SEGURAMENTE
 A LOS CINCO DÍAS DE USAR EL **CALLICIDA ABRAS XIFRA**

A la primera aplicación cesa el dolor. No duele ni mancha. Vendese el estuche con frasco, pincel e instrucciones, a CINCO REALES. **ARGENSOLA, 10, farmacia. MADRID.** Advertimos que se expenden multitud de imitaciones y falsificaciones de nuestro CALLICIDA. Desconfiad de otras ofertas; los interesados exigen el nombre de ABRAS XIFRA. En Burgos, en todas las farmacias y droguerías.

Agendas Bailly-Bailliére para 1919

<p>Agenda de Bufete CONTIENE Diario en blanco para anotaciones de ingresos y gastos, con importantes datos, muy necesarios en oficinas de Banca, Comercio, particulares, etc. Cuatro ediciones económicas. Madrid, 3,00, 3,00, 3,50 y 5,00 pesetas. Provincias, 0,50 más. Cuatro ediciones completas. Madrid, 3,00 4,00, 4,50 y 6,00 pesetas. Provincias, 0,50 más.</p>	<p>MEMORANDUM DE LA Cuenta diaria CONTIENE Secciones especiales para anotar visitas; señas útiles; gastos e ingresos diarios, y cuanto se necesita para llevar ordenados y sin temor a que se olviden los múltiples asuntos en que se desarrolla la vida moderna. PRECIOS Madrid, 3,50 y 4,00 pesetas. Provincias, 0,50 más.</p>	<p>Agenda Cuilmaria LIBRO DE LA COMPRA que contiene 365 minutos y más de 700 recetas. Explicación de los guisos en los menús diarios. Agenda para anotar al día los gastos de cocina. PRECIOS En Madrid, 3,00 ptas. En Provincias, 0,80 más.</p>	<p>Agenda de Bolsillo PARA uso de Particulares. Precioso libro de notas, dividido por días, con interesantes datos sobre Correos, Telégrafos, Teléfonos, tranvías, carruajes, etc. Encuadernado en tela, con bolsillo interior y porta-lapiz. PRECIOS EN MADRID De dos días en plana... 2,00 pts. Con cartera... 5,00 De un día en plana... 2,50 Con cartera... 5,50 Provincias, 0,50 más.</p>	<p>AGENDA médica-quirúrgica de bolsillo ó Memorandum terapéutico, Formulario moderno y diario de visita. PARA 1919 CONTIENE Diario en blanco para las anotaciones particulares. Hojas para los trazados del pulso y temperatura. Memorandum de terapéutica médica-quirúrgica y obstétrica. Formulario. Venenos y contravenenos. Señas útiles e índices, farmacológicos y veterinarios, etc. PRECIOS Madrid... 3,00 pts. Con cartera... 5,50 Provincias, 0,50 más.</p>
--	---	---	--	---

Pedidos: CASA EDITORIAL BAILLY-BAILLIÉRE, Némez de Balboa, 21, y Plaza de Santa Ana, 11. MADRID
 Y en todas las Librerías, Papelerías y Objetos de Escritorio.

A LOS LABRADORES

Taller de Maquinaria Agrícola de **ANTONIO CIUTAT**
 Ronda Estación :: LÉRIDA

ESPECIALIDAD EN AVENTADORAS Y TRILLOS

Las Aventadoras Ciutat son las únicas que han alcanzado el premio de 2.000 pesetas y adquisición de la máquina por el Ministerio de Agricultura en el concurso celebrado en Madrid en la Escuela de Agricultura en Julio de 1904. Gran premio en la Exposición Hispanofrancesa de Zaragoza en 1908. Gran premio de honor y medalla de oro en las Exposiciones de Toledo y Salamanca en Agosto de 1909.

Las Aventadoras Ciutat han sido objeto de importantes mejoras, especialmente en las amalacate, que han reducido en un 50 por 100 la fuerza que necesitaban para su funcionamiento.

Todas las Aventadoras, desde el número 2 al 7, llevan juegos de bolas. Aventadoras número 5, bajo encargo, se construyen también con elevador de paja. La casa Ciutat es la única en España y extranjero que construye de siete a ocho tamaños diferentes de Aventadoras para pequeñas y grandes agriculturas. La única también que construye los tipos números 6 y 7 de grandes rendimientos. Para la próxima temporada, la casa Ciutat presenta al público un nuevo tipo de Aventadoras, que por su especial construcción y rendimiento ha de ser de gran utilidad para el labrador. Al primer labrador de cada pueblo que adquiera mi nuevo tipo de Aventadora, funcionando a brazo, se le remitirá franco de portes.

Pedid catálogos y condiciones antes de comprar TRILLOS Y AVENTADORAS. Aventadoras nuevo modelo número 1 y 2, grandes mejoras, como son, forzadas de plancha galvanizada y de mayor tamaño, siendo la medida de sus cribas en la número 1, 70 por 70 y en la número 2, 80 por 80.

EL LINFATISMO es la antesala de la tuberculosis. Para combatirlo, los médicos aconsejan: **HIPOFOSFITOS SALUD.** También se prescribe contra anemia, debilidad general, raquitismo, escrofulismo, etc. Aprobado por la Real Academia de Medicina.

UNA SEÑORA ofrece comunicar gratuitamente a todos los que sufren de neurastenia, debilidad general, vértigos, diabetes, tisis, asma, neuralgias y enfermedades nerviosas, un remedio sencillo, verdadera maravilla curativa de resultados sorprendentes, que una casualidad le hizo conocer. Curada personalmente, así como numerosos enfermos, después de usar en vano todos los medicamentos preconizados, hoy en reconocimiento eterno y como deber de conciencia, hace esta indicación cuyo propósito, puramente humanitario, es la consecuencia de un voto, Dirigirse, únicamente por escrito, a **D.ª CARMEN C. N. GARCÍA, Aribau, 24, BARCELONA.**

PARA CURAR ó ALIVIAR LA

TOS

TÓMENSE LAS ANTIGUAS Y RENOMBRADAS
PASTILLAS PECTORALES
 DEL
Dr. ANDREU
 Pídanse en las farmacias

ASMÁTICOS
 usad los CIGARRILLOS y PAPELES AZOADOS del mismo AUTOR, que calman el ASMA al instante, por fuerte que sea

ORINA

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR NI OPERAR la uretra, próstata, vejiga y riñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las arenillas, curan los catarros e irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar, limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las SALES KOCH no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las CÁPSULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin peligro, los flujos blanorrágicos secretos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pídanse gratis a la CLÍNICA MATEOS, Arenal, 1, de MADRID (España), el método explicativo infalible.



KIOSCO DE PERIÓDICOS de la Plaza Mayor.

Sucursal de la Casa ONTAÑÓN

"El Papa-Moscas"

Periódicos, revistas, libros prácticos y económicos y papel para envolver

Se reciben encargos de suscripciones a domicilio

Frente a la calle de LAIN-CALVO

Pedro Briones

ESTABLECIMIENTO DE VINOS Y COMIDAS
 CASA ESTABLECIDA EN 1874
 VINOS SUPERIORES DE TODAS CLASES
 Plaza del General Santocildes, 1

Vinos de Málaga y Ojén JOAQUÍN BUENO

Hijos de Quirico López

Los tienen todas las sociedades, cafés, bares y comercios de buen tono

PRENSA GRAFICA

LA ESFERA

NUEVO MUNDO

MUNDO GRAFICO

Estas importantes Revistas, honra de las publicaciones españolas, pueden ser adquiridas por los suscriptores de este periódico con un 10 por 100 de economía sobre su precio corriente, dando aviso en la Librería Ontañón, para que se les sirva cualquiera de ellas por lo menos durante un trimestre.

Los lectores del PAPA MOSCAS tendrán el mismo derecho a esta economía presentando en la misma casa 10 anuncios como el presente.

José García Díaz

Antes Aberly, Montaut y García de Zaragoza

Casa constructora, la más importante en España y Portugal.
 Molinos con castilletes de hierro, limpiamotores. Deschidadores y toda clase de aparatos modernos para fábricas de harinas y molinos, martillos y piquetas de acero fundido de las mejores marcas. Macetos y correas de todas clases.
 También tiene piedras francesas de la Dordoda y Ferté, de las que somos únicos depositarios en España; además hay las mejores máquinas agrícolas, como son trilladoras, trillos, verocas, sistema Rodrigo Martín, con patente en España; aventadoras para limpiar los granos en las eras, sistema Taster, cuyas máquinas limpian de 18 a 20 fanegas por hora; segadoras, sembradoras y arados mecánicos de hierro, rthonas mecánicas; con la garantía de sus buenos resultados y el crédito que cuenta esta casa en España y Portugal.
 Se hacen presupuestos para molinos maquelelos, como también para fábricas de piedras y cilindros, encargándose también dicha casa de piedras hidráulicas, turbinas, máquinas de vapor y motores de gas pobre. Cilindros amacea refinadores y amasadoras, sistema ABERLY.

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda a las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedias, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, a veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico.

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos a quien los pida.